

Refundar la ciudad. Berlín y Scharoun



PALABRAS CLAVE: PLAN COLECTIVO; PHILARMONIE; STAATSBIBLIOTHEK; RECONSTRUCCIÓN; EXISTENCIALISMO; DEMOCRACIA; ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO SOCIAL.

Potsdamer Platz, marzo 1946. Restos de la Columbushaus, obra de Erich Mendelsohn y de uno de las puertas de Karl Friedrich Schinkel. Fotografía de Kappelhöfer.



Planificación de bombardeos sobre Berlín, 3 de febrero de 1945. Documento de uno de los pilotos. Cortesía de DayDayDad, Flickr.

EL DRAMÁTICO PERÍODO DE LA SEGUNDA POSGUERRA EUROPEA MANTUVO A TODAS LAS NACIONES, EN LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES, ABOCADAS A UNA GRAN EMPRESA RECONSTRUCTORA QUE EXIGÍA ESFUERZOS NO SÓLO PARA RECOMPONER EL ORDEN EN LAS ESTRUCTURAS URBANAS, SINO PARA RECONSTRUIR LOS PODERES PÚBLICOS, LAS RELACIONES INTERNACIONALES, EL BIENESTAR DE LA POBLACIÓN Y PARA ENCAJAR NUEVAMENTE, DE FORMA ARMONIOSA, TODOS LOS FUNDAMENTOS DE LA SOCIEDAD.

BERLÍN ENCARNÓ MÁS QUE NINGUNA OTRA CIUDAD EUROPEA ESTA DIFICULTAD, ESTREMECIDA ANTE LA DESTRUCCIÓN Y EL SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD. TRAS FINALIZAR LA GUERRA Y ANTES DE QUE BERLÍN FUERA DIVIDIDA EN CUATRO CUADRANTES, EL ARQUITECTO HANS SCHAROUN FUE CITADO POR LOS ALIADOS Y NOMBRADO DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE EDIFICACIÓN Y VIVIENDA MUNICIPAL. POCO DESPUÉS DIRIGIÓ EL PLAN COLECTIVO, PRIMER INDICIO DE LA VOLUNTAD DE RECONSTRUIR LA CIUDAD. DURANTE LA EXPOSICIÓN *BERLIN PLANT / ERS-*

TER BERICHT (BERLÍN PLANIFICA/ PRIMER INFORME) CELEBRADA EN LAS RUINAS DEL DESTRUIDO BERLINER STADTSCHLOSS, EL ARQUITECTO PRESENTÓ SUS IDEAS ACERCA DE LA RECONSTRUCCIÓN DE BERLÍN. ENSEGUIDA SE HALLÓ EN TIERRA POLÍTICA DE NADIE, ANTE LA INMINENCIA DE LA DIVISIÓN DE LA CIUDAD POR EL MURO.

NO SÓLO EL ARRUINADO TEJIDO URBANO NECESITABA DE RECONSTRUCCIÓN, SINO LA CIUDAD EN TODAS SUS DIMENSIONES. INMERSO EN ESTE CLIMA, SCHAROUN CONCEBIRÍA UN TIPO DE ARQUITECTURA QUE SE SEPARABA DEL RACIONALISMO Y LOS ESQUEMAS PREFORMULADOS PARA CONCEDER A LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO SOCIAL UN PAPEL PRIMORDIAL. EN SUS INTERIORES DESPLEGADOS EN SECUENCIAS DE ESPACIOS ENTRELAZADOS, LOCALIZACIONES FLEXIBLES PERMITÍAN LA REUNIÓN ESPONTÁNEA DE LAS PERSONAS. EN UNA ARQUITECTURA EN LA QUE EL SENTIMIENTO DE LO COMÚN Y LO COLECTIVO NO NEGABA LA SINGULARIDAD DE CADA LUGAR, NI LAS ESCALAS MÁS ÍNTIMAS, SCHAROUN ENCARNARÍA UNA NUEVA DIRECCIÓN EN LA MODERNIDAD EUROPEA DE POSTGUERRAS.

Berlín, hora cero

Carlos García Vázquez

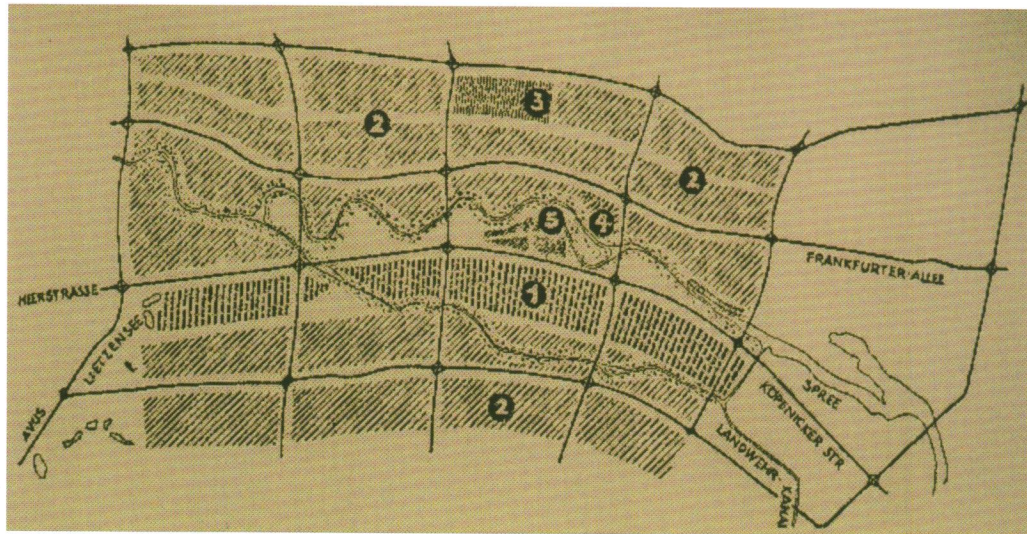
Ninguna otra ciudad del mundo experimentó como Berlín la carga destructiva que se ocultaba tras el proceso de racionalización moderno, quizá porque en ninguna otra ciudad del mundo este proceso fue implantado de forma tan estricta como aquí en el periodo de la República de Weimar. Berlín, un lugar que Alfred Döblin llegó a definir por sus coordenadas geográficas, como un punto del globo dedicado a producir.

Cuando el huracán racionalizador pasó, dejó tras de sí una impresionante estela de destrucción: 75 millones de metros cúbicos de escombros; 75.000 edificios destruidos; las infraestructuras de transporte, agua, gas y electricidad, borradas del mapa; y los 4,3 millones de habitantes de 1939 reducidos a dos millones. En 1945 Berlín era una ciudad perpleja, una ciudad que en pocos meses había pasado del sueño de ser la capital del "Reich de los mil años", a convertirse en un inmenso campo de ruinas.

El estremecimiento ante tanta barbarie y destrucción, y el sentimiento de culpabilidad por su evidente complicidad con el terror nazi, dejarían una profunda huella en el Berlín de posguerra. El debate sobre la reconstrucción de la ciudad quedó definitivamente envenenado por la infinidad de fantasmas que planeaban sobre la metrópoli símbolo del nacionalsocialismo. Berlín desconfiaba de sí misma, y ello derivó, en el periodo que va de 1945 a 1979, en un profundo autodesprecio. En estas circunstancias, angustiada por una permanente duda esencial sobre su propia identidad, el destino de Berlín tan sólo podía ser uno: el de la ciudad existencial.

El primer indicio de la voluntad de reconstruir la ciudad fue el denominado *Plan Colectivo*, una propuesta dirigida por Hans Scharoun en 1946. Este plan resume la maraña de sentimientos que atenazaban al Berlín de esos años, a la vez que nos aporta una primera pista sobre el papel que iba a desempeñar la naturaleza en la ciudad existencialista de posguerra.

La propuesta partía del principio *Stunde Null* (hora cero), es decir, del deseo de refundar la ciudad negan-



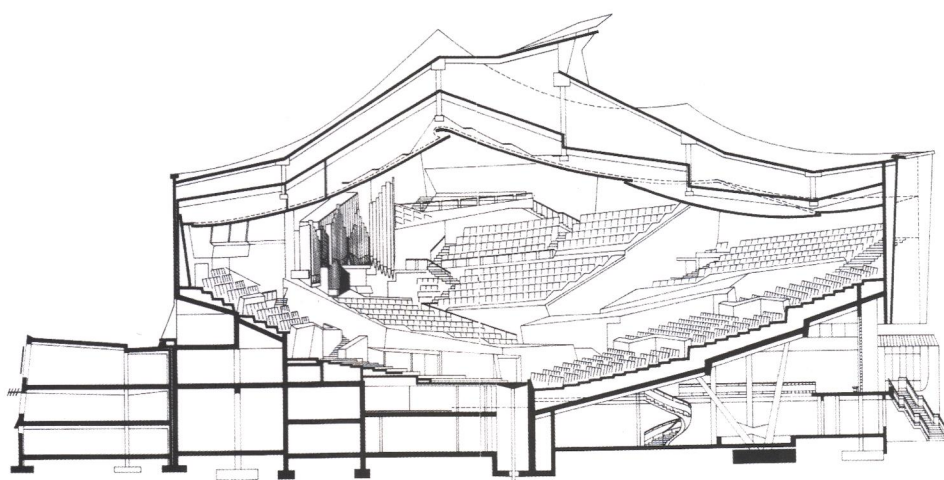
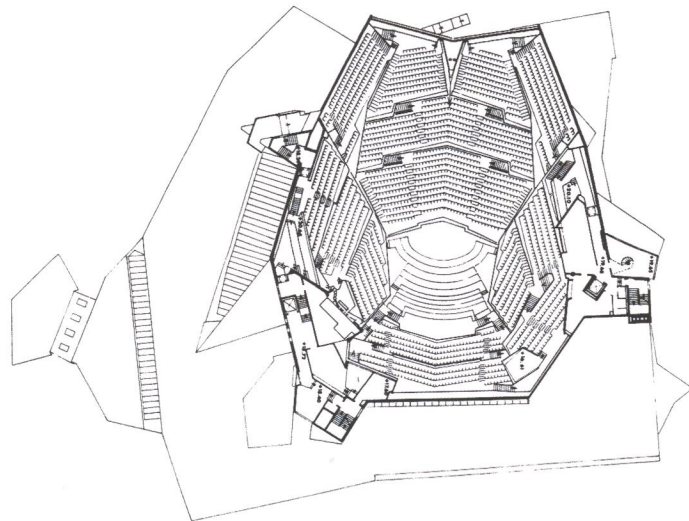
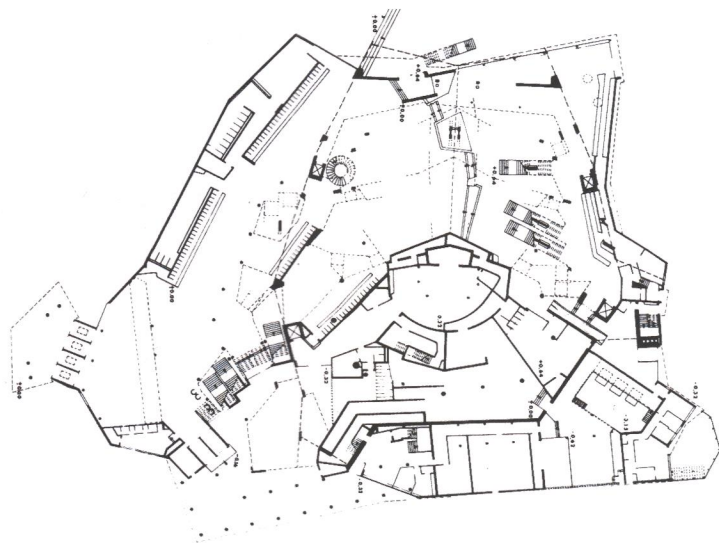
Dibujo del Plan Colectivo de Hans Scharoun, 1946. La organización ejemplifica la ordenación formal sobre la base de las relaciones de convivencia. Proponía un desarrollo a lo largo del río Spree colocando bandas paralelas previstas para transporte, trabajo, vivienda, descanso y agricultura local, optando por el autoabastecimiento. Esta disposición mantenía una mínima parte del casco antiguo, rodeado de áreas verdes e ignoraba radicalmente tanto la estructura preexistente como la situación política de la ciudad, dividida entre las potencias ganadoras en la guerra.

do cualquier vestigio de lo que ésta fue antes de su "gran pecado capital". Es por ello que Scharoun propuso anular la tradicional trama concéntrico-radial de Berlín y sustituirla por una malla ortogonal orgánica que reducía la ciudad a cuatro bandas funcionales: negocios, cultura, vivienda y trabajo. A pesar de esta zonificación, nadie debería caer en la tentación de identificar este plan con una mera aplicación de los principios de la Carta de Atenas, unos principios que por fin encontraban, en una ciudad totalmente destruida, la tan deseada *tabula rasa* de la modernidad. Una connotación esencial separaba el proyecto de Scharoun de los cánones del urbanismo moderno: cada una de esas bandas funcionales respondía a las características topográficas del valle glacial del Spree, el río que cruza Berlín y el único elemento natural al que podía atenerse la ex-metrópoli en su refundación desde cero.

Tras el concepto de *Stadtlandschaft* o paisaje urbano, que Scharoun inaugura con este plan, se escondía el proyecto existencialista del Berlín de posgue-

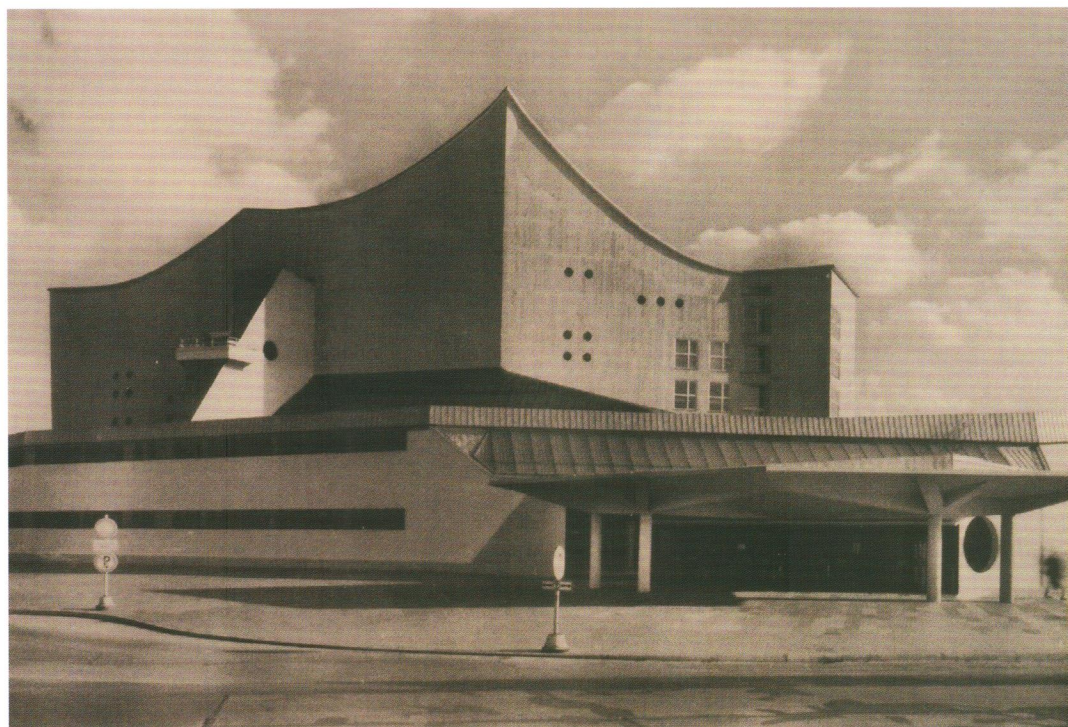
rra, un proyecto donde el retorno a la naturaleza era esencial. El *Stadtlandschaft* pretendía validar físicamente las ideas de Martin Heidegger, es decir, llenar la ciudad de honestidad y humanidad, y aprender a habitarla poéticamente. Pero para alcanzar estos propósitos, en un lugar tan envilecido como Berlín, era preciso, en primer lugar, negar su historia reciente. En esta tarea Scharoun fue radical y decidió remontarse varios millones de años atrás, al tiempo en que Berlín no era Berlín, sino un inmaculado valle glacial. Con la vuelta a las esencias más primitivas Scharoun le negaba a la metrópoli el "lugar" que una vez ocupó, para devolvérselo a la naturaleza en su estado primigenio.

El *Stadtlandschaft* reclamaba así la construcción de *lugares heideggerianos*, la ciudad debía ser una réplica de la naturaleza pero construida poéticamente por las acciones del hombre, un entorno conformado a partir de fenómenos de experiencia inmediata, de objetos capaces de purificar la realidad física... como la *Philharmonie*.



1961 - 63

Efectivamente, este edificio, construido por Scharoun casi dos décadas después de su propuesta para el Plan Colectivo, era un *lugar heideggeriano* por excelencia: exteriormente una montaña dorada y reflectante que, con sus angostos contornos, negaba cualquier posibilidad de reconstrucción del antiguo orden geométrico de la metrópoli; en el interior la montaña se trasmutaba en valle y en cielo, en un valle flanqueado por colinas aterrazadas y cubierto por un cielo estrellado donde flotaban las nubes. En definitiva, un edificio que no quería ser edificio sino un paisaje virtual habitable poéticamente, con la orquesta en el centro y los espectadores a su alrededor, como un grupo de personas que rodean a un músico callejero en una arraigada *comunidad*.



Con el Plan Colectivo y la *Philharmonie*, Scharoun repetía la máxima del urbanismo moderno de entreguerras, es decir, hacía desaparecer la metrópoli. Pero sus motivaciones eran bien distintas: mientras que Le Corbusier proponía conciliar ciudad y naturaleza insertando a ésta última en el proceso productivo de aquélla; en el Berlín existencialista de Scharoun el sueño moderno de la conciliación quedaba definitivamente abolido, la ciudad productiva había sido demonizada y el *verde sanitario* sustituido por un *retorno triunfal* de la naturaleza. No más conciliación, por tanto, pero tampoco conflicto; la aturrida modernidad europea de posguerra proponía la salvación existencial de la metrópoli por *engullimiento*, por *desaparición total* dentro de una inmaculada masa vegetal. Con esta actitud retornaba a occidente un antiquísimo, y nunca extinguido, sentimiento antiurbano.

Philharmonie. Proyecto de Hans Scharoun. Plantas y sección principal, 1961-1963.



El Muro de Berlín. Potsdamer Platz y Leipziger Platz, 1967.



Juegos infantiles en el lado Occidental del Muro. Fotografía de George Krauss, 1967.



Reunión social en uno de los *terrains vagues* de Berlín.

Este sentimiento estuvo flotando sobre Berlín desde 1945 hasta 1979 cuando, lejanos ya los horrores de la guerra, la IBA, la Exposición Internacional de Arquitectura, propuso una nueva comprensión de la ciudad basada en su identidad previa al "gran desastre". Pero hasta entonces, y durante treinta y tantos años, Berlín siguió suspendida en su propio *tempo* existencial, es decir, empeñada en autodestruirse como metrópoli. Así, la labor de los bombardeos fue retomada, en primer lugar, por el Muro, una franja de cuareta y seis kilómetros de longitud y cien metros de anchura que terminó de arrasar el tejido histórico de la ciudad; inmediatamente después vendría el no menos destructivo urbanismo de los sesenta, que inundó la urbe de edificios-pastilla y autopistas elevadas.

Pero, afortunadamente, esta cadena de destrucciones no fueron el preámbulo de un idílico *Stadtlandschaft*: la naturaleza no consiguió finalmente tragarse a Berlín. Lo que ocurrió fue algo bien dife-

rente, la ciudad se fue convirtiendo en una especie de cloaca a donde iban a parar las realidades más crudas del planeta: dos sistemas políticos, dos sistemas económicos, dos culturas, división, aislamiento. Tanta realidad inapelable, y tan poco amor por sí misma, acabaron por congelar las huellas de las sucesivas destrucciones que habían asolado Berlín... hasta que cuajó la verdadera ciudad existencialista: un desmembrado paisaje urbano lleno de fragmentos y colisiones.

Nadie como Wim Wenders en su película "El Cielo sobre Berlín", supo captar la profundidad de este paisaje existencial: medianeras, solares abandonados, callejones solitarios, patios interiores, miles de resquicios urbanos que escapaban a la mano del urbanista e iban siendo colonizados por kioscos de salchichas, carpas de circo, automóviles desvencijados y, sobre todo, por individuos solitarios, individuos existenciales o no, pero esencialmente metropolitanos.

Wim Wenders, y muchos otros intelectuales, se sintieron atraídos por el extraño magnetismo que emanaba del sector occidental de Berlín, la única metrópoli europea ajena a los formalismos y servidumbres de las grandes capitales de los estados vecinos. La ciudad de los *terrains vagues*, de los conflictos, de la fealdad, demostró encerrar, tras su nunca superado desdén por sí misma, un enorme potencial de libertad y creatividad que acabó por convertirla, en los años sesenta y setenta, en el epicentro de la cultura alternativa mundial.

Demasiado tarde, el 9 de Noviembre de 1989 caía el "Muro de la Vergüenza", todo un hito que consagraba la expansión universal del tardocapitalismo. El personalísimo ciclo existencial de Berlín concluía aquí; inmediatamente después la ciudad comenzó a planificar su retorno al redil de la sacrosanta "ciudad europea", así bendecida por Aldo Rossi. Era evidente que, para la sociedad postmoderna, la concentración de realismo del Berlín de los setenta era insoportable.